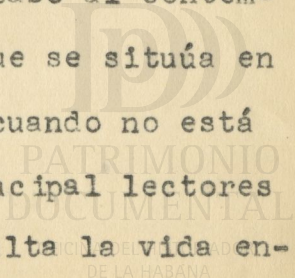


PLAZA DE ARMAS

Por Ildefonso Vivanco.

El viajero trasatlántico que por primera vez pone el pié en el muelle de La Habana, si como regularmente acontece lo hace por el llamado de Caballería desde luego dirigirá naturalmente sus pasos a la ciudad y saldrá a poco andar a la plaza que nos ocupa y precisamente cuasi al punto de vista de donde está tomada la perspectiva de la lámina que motiva este artículo. Si su viaje ha sido dilatado, si después de largos días solo ha contemplado inmensos horizontes de cielo agua y espumas, si su llegada es para mayor contraste en invierno, y trae en su mente la idea de toda tristeza en la vegetación, desde luego quedará sorprendido al verse en medio de un bonito jardín y arbolado, eternamente verde y florido a influjos de la dulce temperatura del clima tropical. Esta primer impresión de agrado, su posición aparente por estar en el centro de la población comerciante y sobre todo, su bella perspectiva, y dulce ambiente hacen de la plaza de armas el rendez-vous, de todos los extranjeros residentes en La Habana de intramuros.

Nuestra lámina representa la plaza de noche, y en noche de retreta. No dejará de causar extrañeza a cualquiera esta circunstancia ¿pues qué mas podrá ser la plaza en noche de retreta que en las comunes atendiendo su perspectiva? ¿oyendose acaso al contemplarla los melódiosos sonos de la música militar que se situúa en su centro? ¿qué es lo que desaparece de la escena cuando no está en la circunstancia que determinamos? ¡ah! ¡lo principal lectores míos! el alma, la animación, la concurrencia, le falta la vida en-



tonces a ese precioso cuerpo, y el curioso que por ella discurre en estas noches casi solitario le parece oír un gemido de abandono que se escapa de su pavimento de sus fuentes, de sus árboles, ¿quien causa esta soledad, este abandono? nuestras costumbres; allí donde el bello sexo no da vida morirá todo para la sociedad en todos los climas: pues bien nuestro bello sexo no le place prodigar su vista en los paseos de esta clase; para gozar aquí es forzoso andar, lucir el donaire, el garbo, la gentileza, y,.... esta dulce mitad cubana no es avara de semejante lucimiento. Solo en noches de retreta la encantadora música tan amada de los hijos de la zona tórrida lleva a la plaza de armas una linda y elegante concurrencia que entre el susurro de la brisa en los árboles y las flores, el murmullo de las fuentes, y los sones de la música, discurre dulce y apaciblemente por sus calles departiendo bien de amor, bien de empresas mercantiles.

Pero debemos hacer reparar al lector en algunos objetos de la perspectiva de nuestra lámina porque ellos sin esta explicación no le revelarían nuestras costumbres si acaso las ignora y también es lugar de que describamos el punto en que hemos colocado nuestra escena. La plaza de Armas es un cuadrilongo comprendido por el frontis del palacio de los Capitanes Generales que se entrevé al frente de la lámina entre las copas de los árboles, al norte por la casa antigua de correos (hoy la Intendencia) que aparece a la derecha con el lugar de la Escribanía de hacienda y parte del Cuartel de la Fuerza; por el este tiene la hermosa portada del mencionado cuartel, el Templete del lugar donde se celebró la primera misa y la casa del Sr. Conde de Santovenia, y al fin por el oeste la casa del tribunal Mercantil y Junta de Fomento a que

siguen después hasta la calle de los Oficios unaporción de miserables casuchos que el comercio no quiere abandonar un momento y que afean el aspecto de este lado. Rodeada de asientos con respaldo de verjasde hierro que dán a una ancha calle enlosada con losas de San Miguel tiene otras dos calles cruceras que se juntan en una hermosa glorieta en cuyo centro está la estatua colosal de Fernando VII de hermoso mármol blanco. Consiguiente a esta disposición queda dividida la plaza por las calles en cuatro cuadros enverjados en cada cual salta un lindo hilo de agua sobre las sencillas y bonitas pilas que les sirven de recipiente dando desde allí frescura y lozanía a la menuda yerba que tapiza el suelo y a las flores y árboles que las rodean. He aquí la plaza de Armas ¿veis pues a su rededor esos carruajes, algunos ocupados por los ángeles de la tierra? no creais extranjero que la casualidad los puso allí, ó que en el momento de coger la perspectiva se hallaron al paso; nada menos que eso: en estos carruajes y en estos ángeles puestos en esa actitud está compendiada la historia de nuestras costumbres. La música suena, el fresco apacible de las noches tropicales convida a departir nuestras cuitas, nuestros placeres con otros seres de la especie humana, los mismos preceptos higiénicos, las exigencias de la sociedad nos impelen a un ejercicio y un roce conveniente para el trato y conocimiento del gran mundo, y a pesar de todo esas bellas estarán ahí impávidas en sus quítrines solo quizás con algún almibarado que las atiende en medio de la multitud ¿porqué ese aislamiento, ese triste vegetar en las lindas hijas de esta Antilla en esas hurís de este eden a quién el sol mas puro baña con su lumbre y les comunica inspiración? así esas gracias, ese ta-

lento que las distingue está emparedado y enquistado; forzoso es para conocerlo ir a las casas, ó al baile: he aquí los dos únicos lugares en que se ostenta el bello sexo habanero. Menester es confesar que algo van influyendo en las costumbres algunas de nuestras quizás severas reprimendas y nos parecen tales por que al hablar con ángeles sería preciso la voz de un Dios para que no las ofendiera.

Ya que hablamos de retreta y de plaza de Armas, no podemos pasar por alto el recordar los dos días de mas concurrencia en este paseo. El jueves y viernes santo La Habana sufre una transformación maravillosa; aquellas calles en donde el ruido aturdidor de mil carruajes no dejaba oír, quedan mudas y silenciosas; los templos abiertos con sus broncees inertes convidan a la oración y la muerte del Redentor del mundo hace callar aquella Babilonia antes inquieta. Nada hay comparable al golpe de vista y a la inmensa concurrencia que acude en estas dos noches a la plaza de Armas; si la luna, como suele acontecer con frecuencia, en estos días, ilumina el cuadro, nada hay mas sorprendente, nada más agradable. La música toca melancólicamente, como llorando la muerte del hombre Dios, ni un carruaje viene a alterar el sordo murmullo que solo se percibe: todo allí es igualdad y fraternidad, dulce recuerdo de la santa ley instituyó aquel muerto sacrosanto. Los árboles parecen susurrar más lánguidamente, las fuentes no corren sino lloran gota á gota y la luna derrama sobre todo aquel conjunto su blanca y sulfurosa luz formando en las flores, en los grupos y en las fuentes sombras vaporosas que hacen concebir la bella idea de un jardín de Nadas.

Nos hemos extendido ya demasiado en este artículo; no obstante el objeto lo merece a nuestro ver; réstanos decir que en esta pla-

za se hacen los días primeros de mes en sus tardes los pagos de los cuerpos de la guarnición y que a esta hora no deja de ser también algo concurrida por muchos curiosos que gusten de ver lucir las galas militares que en esta ocasión se despliegan en mayor grado como también oír la música guerrera que mueve el alma al triunfo del combate. Nosotros estamos ya cansados de estas perspectivas y no le damos el mérito que otros, pero nuestro deber es relatar los hechos y pintar las costumbres.

Paseo pintoresco por la Isla de Cuba, publicada por los empresarios de la Litografía del Gobierno y Capitanía General, Habana, 1841.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA